

AGENDA CIUDADANA

VISTOS DESDE FUERA Y HACIA EL FUTURO

Lorenzo Meyer

La Mirada Externa.- El como se nos ve más allá de nuestras fronteras depende, desde luego, del color del cristal ideológico que filtra la mirada del observador. Hay tantas visiones de México como colores tiene el espectro de la política. En cualquier caso, conviene tener todas esas visiones en cuenta --incluso las que choquen con la propia-- y usar el esfuerzo que los otros hacen por comprendernos para separarnos un momento de nosotros mismos y adquirir perspectiva.

Quienes miran profesionalmente a México desde ese vasto mundo del poder político, económico, tecnológico o cultural que son los Estados Unidos, no son muchos: algunos académicos, periodistas, analistas de instituciones financieras, miembros de organizaciones no gubernamentales o funcionarios públicos que por obligación se encargan de los asuntos mexicanos. La influencia de esos observadores en los centros de poder norteamericanos, sin ser decisiva, es superior a lo que sus meros números pudieran indicar. En estos días se va a presentar un reporte más sobre México, el preparado por el *Pacific Council on International Policy* (PCIP), una organización muy abierta, con sede en Los Angeles, California, creada y presidida por Abraham F. Lowenthal, un académico con amplia experiencia en América Latina. El informe es ambicioso, pues se titula, ni más ni menos, ***El Futuro de México***.

Los análisis sobre la coyuntura de nuestro país son relativamente frecuentes, pero hoy no se puede decir lo mismo sobre las visiones de su futuro. El proyecto nacional de la postrevolución (1940-1982) ya es historia y aún no ha surgido el que realmente sea capaz de remplazarlo, pues lo inmediato es lo que actualmente llama la

atención y esfuerzo de quienes se ocupan de los destinos de México por la vía de la acción o de la reflexión. En los tiempos que corren, el futuro del país es un gran signo de interrogación, de ahí lo oportuno de documentos como el del PCIP, pues ponen sobre la mesa elementos que obligan a pensar ya no lo urgente e inmediato sino en lo importante y de plazo largo. Vale, pues, la pena tomar en cuenta el análisis en cuestión ya que, después de todo, es resultado de un esfuerzo intelectual de un equipo binacional que examina las diferentes áreas que constituyen el núcleo de la realidad mexicana, desde la política hasta la economía, pasando por el derecho y la estructura social.

La Perspectiva.- El análisis del PCIP sobre nuestro país es muy sintético y está hecho sobre y desde ese terreno que es el propio del pensamiento liberal norteamericano, es decir, desde la visión dominante en Estados Unidos, pero que intenta dejar de lado los dogmas. Armado con una clara simpatía por México, se adentra en el conjunto nada desdeñable de problemas y dilemas que el país debe resolver si se quiere que el porvenir sea mejor que lo que es o ya ha sido. En cualquier caso, el documento busca una especie de “justo medio” como una forma de aproximarse a la objetividad.

Desde la perspectiva del PCIP, “En este tiempo de transformación global, pocos países han llevado a cabo cambios tan significativos como México”; se refiere, claro está, a los cambios que han tenido lugar de 1982 a la fecha. Esas transformaciones son resumidas de esta manera: “Al cambiar este siglo, México cuenta con partidos competitivos, procedimientos electorales cada vez más justos, medios masivos de comunicación y opinión pública independientes, instituciones cívicas con vitalidad, separación de poderes y equilibrio de autoridad entre las varias ramas del gobierno,

devolución a los niveles locales de las capacidades de decisión, industrias competitivas que responden a los incentivos del mercado, presiones para que se de respuesta a las desigualdades regionales y étnicas y una aceptación más o menos amplia de una integración fructífera con Estados Unidos. Apenas una generación atrás, ninguna de estas afirmaciones era cierta por lo que hoy, en conjunto, representan una transformación profunda”. Se trata, sin duda, de una visión básicamente optimista, pues en cada uno de los temas que menciona hay suficientes elementos como para arribar a conclusiones distintas, y en realidad en el desarrollo de los temas, se destiñe el color de rosa de la generalización inicial.

La visión inicial del PCIP peca de optimista, pero en el desarrollo de su argumentación el tono cambia; se admite y señala de manera explícita que la transición política mexicana --esa que se supone va a conducirnos del autoritarismo a la democracia y de la economía protegida a la abierta-- no es un proceso concluido y todavía esta lleno de incertidumbres. Por un lado, se afirma, ya hay “elecciones limpias” en México, pero sólo a nivel federal, pues en el estatal y local persisten las instancias de las antiguas prácticas del fraude y la manipulación de los votantes; es por ello que el PCIP concluye que a las “elecciones limpias” les falta la otra mitad de la mancuerna: la “política limpia”, particularmente en materia de financiamiento de las campañas electorales, pues una contienda por los votos sin equidad, no es compatible con la democracia. De todas formas, la principal de las incertidumbres que se acumulan en el horizonte mexicano proviene no de la política misma, sino de algo con raíz muy profunda: del hecho de que México es un país persistente y peligrosamente dividido. Sigue habiendo “muchos Méxicos”. Esos Méxicos son, al menos, cinco: el más pobre corresponde a la mitad sur del país, y contrasta con los otros Méxicos: el del norte, el

de la Ciudad de México, el fronterizo y, finalmente, el México que está viviendo, con o sin documentos legales, dentro de los propios Estados Unidos. La diferencia principal es la que se da entre el norte y el sur pues, en términos relativos, es similar a la que existe entre México y los Estados Unidos: de la Ciudad de México hacia arriba se produce el 85% del producto interno mexicano en tanto que hacia el sur sólo el 15% restante. Pero eso no es todo, dentro de cada uno de los Méxicos mencionados, salvo el que habita allende el río Bravo, existen claras y profundas divisiones de clase. No hubiera estado de más que el documento hubiera citado las cifras disponibles sobre distribución del ingreso para darle mayor contundencia al argumento. En cualquier caso, se identifica bien el problema central que hoy define el presente y el futuro mexicanos: la polarización.

Las Variables del Presente que Moldean el Futuro. Para el PCIP, es útil dividir en dos grandes grupos a las variables que hoy están dándole forma al futuro mexicano. Para propósitos de análisis, esas variables están divididas en externas e internas, aunque en la realidad ambas dimensiones se mezclan e interactúan.

Evidentemente, entre los factores externos que cincelan nuestro porvenir, destaca como el más importante lo que bien se puede llamar el “factor norteamericano”, en particular su economía y finanzas. En efecto, en la práctica, México no está unido directamente al proceso globalizador en su conjunto sino que esa unión está mediada por la economía norteamericana: es a la economía del vecino a la que estamos ligados. En ese campo no es mucho, en realidad es casi nada, lo que México puede hacer para controlar las variables que transmiten a la mexicana las altas y bajas de la economía norteamérica y cuyo efecto en nuestro país es directo y fundamental. Lo que acontece en la economía global afecta a México en la medida en que ese proceso incide sobre la

actividad norteamericana o porque en el mercado norteamericano México debe de competir con China, Brasil o cualquier otro. Aquí, nuestro país apenas tiene un poco más de instrumentos para aislarse o contrarrestar los procesos negativos del exterior.

El “factor norteamericano” no es exclusivamente el comportamiento del mercado al norte del Bravo, también incluye las políticas del Departamento del Tesoro, las acciones del Departamento de Justicia y la DEA en torno a la lucha contra el narcotráfico o las decisiones de Washington relacionadas con la inmigración de trabajadores mexicanos. En menor medida, también entran aquí las acciones de las organizaciones no gubernamentales o de las grandes empresas norteamericanas, pues todas repercuten positiva o negativamente en nuestro país.

Sin comprometerse con la importancia relativa de los factores externos respecto de los internos en el complejo proceso de dar forma y contenido al futuro mexicano, el estudio del PCIP propone las siguientes variables internas como el conjunto que más influirá en la modelación de ese porvenir. La elección del 2000 es vista más como indicador que como un factor en si mismo, pero no hay duda que de esa elección depende la calidad del liderazgo para hacer frente a los próximos seis años, lo que le hace ser algo más importante de lo que el documento supone. En otra parte se hace notar algo que está ligado a la próxima elección y que tampoco es un simple indicador: el papel de la presidencia --la institución más importante del pasado y que por fuerza seguirá jugando un papel central en el futuro-- y su relación con un congreso que será más plural que el actual.

Por lo que se refiere a la política económica, se da por sentado que es difícil, por no decir imposible, que México pueda ya cambiarle su naturaleza íntima pues no tiene opciones y esta sobredeterminada por el entorno externo. En estas condiciones, el

campo de maniobra se reduce a los aspectos operativos: monto del déficit, cambios en el sistema impositivo, tipo de cambio, privatización o no de sectores clave (el informe considera indispensable la privatización del petróleo y la energía para ponerles a tono con la globalización, pero acepta que el peso de los símbolos aún cuenta para mantenerlos en manos del Estado), grado de liberalización, etcétera.

La reforma política, la de las instituciones y la de la estructura social, son tres grandes campos donde el hacer o no hacer, ya está determinando el futuro. El documento insiste, una y otra vez y en varios tonos, en la necesidad y urgencia de hacer realidad algo que hoy es sólo teoría en México: el Estado de Derecho. No hay modernización sin Estado de Derecho. Y para ello se requiere de reformas constitucionales y de mayores recursos para el sistema judicial y penitenciario. Sin legalidad, la legitimidad de la autoridad será precaria y la indispensable inversión externa no llegará a México en el monto y permanencia con que podría hacerlo si contara con un entorno legal predecible y con la corrupción bajo control. Es igualmente indispensable y urgente una reforma educativa que permita a los mexicanos participar en los rápidos cambios tecnológicos que impulsa la globalización; el costo de no hacerlo es quedar fuera de un proceso fundamental.

El tercer gran factor que determina el futuro mexicano son los efectos de las disparidades regionales --los “muchos Méxicos”-- y los procesos de descentralización, que pueden aliviar o profundizar las disparidades existentes. Finalmente, está el papel que habrán de jugar los nuevos actores --como son, por un lado, las organizaciones de la sociedad civil y por el otro las organizaciones de narcotraficantes o de simples criminales-- o actores viejos en papeles nuevos: el ejército y los medios de

comunicación; el primero tiene un papel cada vez más relevante y los segundos son, o pueden ser, cada vez más libres.

Para Estados Unidos el seguir de cerca la evolución mexicana es un imperativo puesto que el “factor mexicano” hace tiempo que se convirtió en un elemento de su política interna; la minoría de origen mexicano al norte del Río Bravo va a seguir creciendo en importancia en la primera parte del siglo XXI y será un factor que altere el balance político de nuestro vecino. Para los mexicanos, discutir nuestro futuro es un imperativo, pues ese futuro encierra lo mismo enormes posibilidades que peligros. En cualquier caso, parte de esa discusión debe responder a la pregunta: ¿de que manera el “factor norteamericano” en la época de la globalización, va a redefinir el concepto de soberanía?. La respuesta es fundamental para imaginar el tipo de futuro deseable y posible.